

XIX

El enemigo hace proposiciones al general Díaz. Su indignación ante ellas y sus respuestas. Sigue la guerra cerca de Oaxaca.

1864

Ah!, parece que el país desfallece al ir concluyendo el año de 1864. ¡De sus hondas heridas corría la sangre!

Se suponía que, con motivo del desaliento general que reinaba, y ante hechos como los de los generales Uraga y Vidaurri, otros jefes superiores de altos mandos podrían seguir su pernicioso ejemplo. Así es que, sin tomar en cuenta los immaculados antecedentes de Porfirio Díaz, su dignidad personal, su carácter inquebrantable, su elevación de ideas, y sobre todo, su amor á la patria, se tentó para que claudicara, dejándole entender que, siendo ya un hecho el establecimiento del Imperio en México, mejor que rodear al emperador de los hombres funestos del bando conservador, sería que los liberales le formaran atmósfera para inclinarlo en favor de sus ideales, que aspiraban al progreso del país. Al exponerse esas falaces argumentaciones, se hacía valer la simpatía de Maximiliano para el partido liberal, sus ideas progresistas, y por último, sus deseos de verse rodeado de los prohombres de ese luchador partido, que había levantado en alto la bandera de la Constitución y la Reforma; Reforma que, por su parte, el citado Maximiliano sostendría.

Tal era por aquel entonces el estado de abatimiento, que podrían estimarse por los idealistas débiles, ó por el vulgo, aceptables las engañosas consideraciones á que acabamos de aludir, y en ellas se basaron muchas infidencias que, en los pocos equivocados de buena fe, ocasionaron bien luego amargos é inútiles arrepentimientos; y en muchos acomodaticios, ignominias perdurables.

Pero no había que tentar, con todo ello y con promesas de grandezas, á los fuertes, á los grandes, á los heroicos, á quienes, al fin, México debió la reivindicación de sus derechos hollados, su libertad é independencia.

Quererlos tentar á ellos era indignarlos, era herirlos, era pretender mancharlos con sólo suponer que oirían menguadas proposiciones.

Tal pasó cuando al dirigirse el licenciado D. Manuel Dublán al general Díaz, en Oaxaca, le ofreciera de parte de Maximiliano altos puestos en su Imperio, pues le expresaba á su nombre que si se adhería á su Gobierno, conservaría el mando de los Estados que formaban su línea de opera-

ciones de Oriente, y que no se enviarían á ellos ningunas tropas extranjeras. Al efecto, el citado licenciado Dublán llevaba una carta credencial, suscrita por D. Juan Pablo Franco, que había sido nombrado prefecto superior político del Estado de Oaxaca por el mismo Maximiliano.

«Me indigné ante aquellas infamantes proposiciones,—dice el general Díaz,—y me causó el mayor enojo el que me fueran presentadas por un hombre que tenía relaciones personales y de familia con el presidente Juárez, y que había recibido distinciones del partido liberal. De pronto, lo mandé aprisionar para que fuese fusilado. Al fin, la influencia del licenciado D. Justo Benítez y la del general Salinas, lo salvaron de la muerte. Felizmente, sobrevivió lo bastante á estos sucesos para reivindicarse hasta donde era posible, poniendo su clara inteligencia al servicio de la República en una ocasión oportuna, en que llegó á alcanzar, con sus esfuerzos, éxitos felices.»

Pero la importancia de Díaz para cambiar los destinos de la lucha, era bien conocida, y por diversos conductos y á todo trance se le solicitaba por el llamado emperador, y se juzgaba propicia al efecto la época de desaliento á que llegó el país en el momento histórico á que nos referimos. Así es que, fracasada la misión de Dublán, Uraga, que había sido superior del general Díaz, y á quien guardó muchas consideraciones, se dirige á él, persistiendo en insidiosas proposiciones para que se adhiriese al Imperio.

Veamos lo que dice en lo pertinente el general Díaz en sus apuntes:

«El general D. José López Uraga, que mandando fuerzas de la República se había pasado al enemigo, y tenía algún empleo cerca de la persona de Maximiliano, me envió á su ayudante el coronel D. Luis Álvarez, que años antes había sido jefe de mi estado mayor, y estaba entonces sirviendo al Imperio, con una carta fechada en México el 18 de Noviembre de 1864, en que me invitaba para seguirle en su defección y me ofrecía dejarme con el mando de los Estados que formaban la línea de Oriente, y que no se mandarían á ellos soldados extranjeros sino en caso de que yo los pidiera; y aunque era verdad que yo había tenido mucha estimación y respeto por el general Uraga, ni esa circunstancia ni ningunas otras consideraciones me hubieran hecho jamás vacilar en el cumplimiento de mi deber. Por lo demás, el citado jefe había con su conducta perdido el aprecio que antes podía haber inspirado.

«Me pareció que, en las circunstancias, era oportuno, para templar mejor el ánimo de mis subordinados, poner á su vista la invitación que me hacía el general Uraga, y con tal motivo cité á una junta á los generales y coroneles que estaban bajo mi mando; les mostré la carta enunciada y la respuesta que provocó, la cual mandé con el ya citado coronel Álvarez, advirtiendo á Uraga que un segundo enviado, cualquiera que fuese su misión, sería tratado como espía. Dirigí en la misma fecha una circular á los gobernadores y jefes militares de la línea de Oriente, poniendo en su conocimiento lo ocurrido.

«He aquí la carta y contestación aludidas:

«Señor general D. Porfirio Díaz. —México, Noviembre 18 de 1864. —Muy querido amigo: «Muy largo sería hacer á usted un relato de lo que se me ha hecho sufrir por mis correligionarios. «Luis dirá á usted algo; pero baste decir á usted que, sin quererse batir, sin querer salir del Sur de Jalisco, y sin querer sujetarse á no tomar del pueblo sino lo necesario para vivir, cada cual, amigo mío, esperaba y buscaba una fortuna en la revolución, y esto cuando se proponían no batirse nunca, para sólo ser los últimos.

«No creí que esto era servir al país, ni defender nuestra causa ni honrar nuestros principios; y

«sin poder embarcarme ni salir por ningún punto, me mandé entregar en Junio al Emperador, para «hacer cesar la guerra, sin reconocer nada. Obré también mal, porque obré con desconfianza; pero «hoy que proclamo aquí nuestros principios, que se me oye, que combato en un terreno legal y que «veo todo lo noble, todo lo patriótico, todo lo progresista é ilustre del Emperador, le digo á usted, «amigo querido, que nuestra causa es la causa del hombre que, amante de su país y de su soberanía, no ve sino la salvación de su independencia y su integridad. Está aquí, combatiendo con honor «y lealtad por nuestros mismos principios, sin excusarlos, ni negarlos, ni abandonarlos. Si yo hubiera «visto peligrar nuestra independencia é integridad de territorio, yo juro á usted que habría concluido «en los cerros antes que reconocer nada; y si hubiera tenido la cobardía de venir, yo tendría la «buena fe de decir á usted: «Hay que combatir;» pero no es así, Porfirio, creo que me hará justicia, «que me conoce y que aceptará mi apreciación de las circunstancias. Nos perdemos y perderemos «nuestra nacionalidad si continuamos esta guerra sin fruto ni resultado. Todo vendrá á poder de los «americanos, y entonces ¿qué tendremos como Patria? Hasta hoy tiene usted un nombre limpio, honrado y considerado, buena aceptación y medios de hacer mucho en la causa del progreso, entrando «franca y noblemente en materia. Mañana, sin combatir por la cizaña de siniestros hombres, por las «intrigas de sus émulos y por la misma situación, no quedaría nada, ni un nombre de gloria. Le «mando á usted á Luis, á quien conoce usted. Esto y mi nombre, ¿no son para usted una garantía «de franqueza y lealtad?

«Luis hablará á usted; yo estoy aquí para todo cuanto usted quiera, y cuando usted venga y «vea lo que pasa, y se vuelva á su punto y á sus fuerzas, si no conviene en lo que digo á usted, ó «diga lo más conveniente, en todo trabajaré. Conservémonos unidos: si hemos perdido el sistema, no «perdamos los principios, y sobre todo, el país en su integridad é independencia. Adiós, querido «Porfirio; usted sabe cuánto le he querido, con qué franqueza le he hablado siempre, y cómo es su «amigo que le ama y b. s. m.—José L. Uraga.»

«Sr. D. José López Uraga.—México.—Mi antiguo general y estimado amigo: Con indefinible «placer abrí los brazos á Luis, y fijé mi vista sobre la que con él se sirvió usted dirigirme, porque «había creído que su venida y su misión tuviesen otro objeto; pero si bien el desengaño fué tan «pronto como doloroso, y Luis me ha ofrecido hablarle franca y extensamente, tengo que corresponder á usted si no con mucha extensión, sí con toda lealtad.

«Quedo muy reconocido á la mediación que usted se digna ofrecerme, porque si bien lamento «los errores que han dado lugar á este paso, comprendo todo el fondo de estimación y aprecio que «entraña.

«Yo no seré el que me constituya juez en los actos de usted, porque me faltaría la necesaria «imparcialidad, y antes que someterlo á juicio, lo abrazaría como á un hermano y lo comprometería «á volver sobre sus pasos. Pero si usted puede, según su juicio, explicar su conducta, yo no podría «explicar la mía, porque mi situación, los elementos de que dispongo, los hombres y el pueblo que «me ayudan, que según usted me dice, eran adversos á nuestra causa en el Centro, son en Oriente «otros tantos gajes de indefectible triunfo.

«El personal de la fuerza, es de la misma clase que el de la brigada que mandaba yo en «Puebla; y usted sabe que en pocos lugares encontraron los franceses la misma resistencia que «cuando se las habían con Oaxaca. Tengo también fuerzas de otros Estados, pero tan perfecta-

»mente identificadas á las otras en su moral, disciplina y entusiasmo, que son acreedoras á igual estimación (1).

»En los Estados de Oriente se mantiene una organización administrativa tan vigorosa, y tal escrupulo en la contabilidad, que sus escasos recursos nos proporcionan los medios necesarios de subsistencia, sin que tengamos que tomarlos de los pueblos ni que yo me vea en la pena de sopor-tar el pillaje ni las extorsiones. Los franceses, después de la resistencia de Puebla, no han hecho más que dar un paseo triunfal por el interior; y yo me prometo que en Oaxaca, si el destino les reserva ese triunfo, ha de ser á mucha costa, y solamente porque nos aplastaren por la superioridad en el número; pero no será tampoco remoto que obtengamos la victoria, y que la República toda se convierta al otro día en un extenso palenque. *La lucha puede, es cierto, prolongarse como la que al principio del siglo nos hizo libres é independientes, pero el éxito es seguro.*

»Me hace usted justicia, que también le agradezco, en creer que conservo un nombre honrado y limpio, lo cual es todo mi orgullo, todo mi patrimonio, todo mi porvenir; pues bien, para la prensa asalariada no soy más que un bandido, ni seré otra cosa para el archiduque Maximiliano y para el ejército invasor; y yo acepto con resignación y entereza que se deturpe mi nombre, sin arrepentirme de haberme consagrado al servicio de la República.

»Siento en el alma que habiéndose usted separado del ejército del Centro, con ánimo de no comprometerse en la política del extranjero, haya sido magnetizado por el archiduque, y venga con el tiempo á desvainar en su defensa la espada que en otros días ha dado á la patria; pero si así fuere, tendré por lo menos el consuelo de haber continuado en las filas en que usted me enseñó á combatir y cuyo símbolo político usted grabó en mi corazón con palabras de fuego.

»Al presentármeme un mexicano con las proposiciones de Luis, debí haberle hecho juzgar con arreglo á las leyes, y no mandar á usted en contestación más que la sentencia y la noticia de la muerte de su enviado; pero la buena amistad que usted invoca, los respetos que le guardo, y los recuerdos de mejores días que me unen tan íntimamente á usted y á ese común amigo, relajan toda mi energía y la convierten en la debilidad de devolverlo sano y salvo, sin la menor palabra de odiosa recriminación.

»La prueba á que usted me ha sujetado es gravísima, porque su nombre y su amistad constituyen la única influencia capaz, si la hubiera, de arrastrarme á renegar de todo mi pasado, y á romper con mis propias manos el hermoso pabellón emblema de las libertades é independencia de México. Habiendo podido contestarla, puede usted creer que ni los más crueles desengaños ni las mayores adversidades llegaran á ocasionarme la menor vacilación. He hablado á usted casi exclusivamente de mi persona, pero no porque olvidé á mis ameritados compañeros de armas, ni á los heroicos pueblos y Estados de Oriente, que tantos sacrificios han consumado por la defensa de la República. No cabe poner en duda la lealtad de tan dignos militares ni la opinión pública, pronunciada altamente, y convertida en hechos decisivos en Tabasco, en Chiapas, en Oaxaca y aun en Veracruz y Puebla. Como usted sabe, los dos primeros han arrojado á los imperialistas de su seno; el tercero no les permite dar un paso en su territorio, y en el cuarto y quinto, en una extensa zona se mantiene el fuego de la guerra. ¿Cree usted que yo podría, sin traicionar mis deberes, disponer de su suerte sólo por asegurar la mía? ¿Cree usted que no me pedirán, y con razón, estrecha

(1) Exageraba sus elementos, para no dar á conocer su debilidad al enemigo.

»cuenta de mi deslealtad, y que no sabrían sostenerse por sí mismos, ó confiar su dirección á otro más constante y cumplido que el que los abandonara? Así, pues, ni por mí ni por el distinguido personal del ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la República, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión extranjera, *resueltos como estamos á combatir sin tregua, á vencer ó morir en la demanda, por legar á la generación que nos reemplace la misma República libre y soberana que heredamos de nuestros padres.*

»Ojalá, general, que no contrayendo usted ningún compromiso, vuelva con el tiempo á tomar la defensa de tan noble y sagrada causa. Que entretanto se conserve usted bien, desea sinceramente su muy atento amigo y s. s.—*Porfirio Díaz.*—Oaxaca, Noviembre de 1864.»

Esa digna y caballerosa contestación del general Díaz era, en lo esencial, la expresión altísima del estado de ánimo del mismo, en los momentos en que hubo el mayor abatimiento en México, en aquellos amargos días en que se desesperaba por muchos de la salvación de la República. Entonces el vidente miraba el porvenir; entonces el héroe protestaba vencer ó morir en la demanda, y profético auguraba que, á la vuelta de más ó menos tiempo, México vencería á sus opresores. ¡Qué frases hay en esa carta del general Díaz! Los héroes de la Grecia antigua, los boeros de los tiempos modernos, no podrían decir en presencia de hechos que atestiguaban la verdad de cuanto expresara, nada que pudiera ser más conmovedor, más grande ni más glorioso.

La lucha puede, es cierto, prolongarse, como se prolongó la que al principio del siglo nos hizo libres é independientes, dice el general, volviendo la vista para confortarse hacia el pasado; y luego agrega, como lanzando un reto al porvenir: *pero el éxito es seguro;* y concluye por manifestar la imposibilidad de hacer componendas con los enemigos, al decir: *No habrá avenimiento, resueltos como estamos á combatir sin tregua, á vencer ó morir en la demanda por legar á la generación que nos reemplace la misma República libre y soberana que heredamos de nuestros padres.*

Tal fué el lenguaje de los salvadores de la Patria: las palabras del general Díaz son el vaticinio y el programa de una noble nación en lucha. ¡Qué vaticinio, dictado á la hora de las desgracias! ¡Qué programa de sacrificio, impuesto á la hora de la prueba! El alma se elevaba gloriosa, cuando la sangre de las heridas brotaba y descendía encharcando la tierra...

¡La Historia, en los mármoles de la inmortalidad, con su buril de diamante, como un credo de salvación para los luchadores por las causas santas, copiará las frases sublimes de aquella carta, que brillan como escritas con la luz de los más altos ideales, y que conmueven como escritas á la hora en que el sacrificio apura todos los dolores y devora todas las infinitas tristezas!

Y el hombre que así dijo, siguió la lucha, y ¡qué lucha tan tenaz y tremenda! Mas al fin venció al destino, y triunfante tremoló la bandera de México independiente, plantándola en 1867 en el palacio de nuestros mayores que se levanta en la capital de la República.

Mas no debemos adelantarnos á los acontecimientos. Pasemos por las zarzas; miremos en ellas, paso tras paso, las huellas sangrientas de la marcha heroica, que al fin llevara á la alta cumbre de los triunfos, desde donde se ve cerca el cielo, y glorioso hacia abajo el camino recorrido.

La marcha de la guerra no era detenida, y los franceses y sus aliados avanzaban.

El general en jefe del ejército invasor consideró de tal importancia y valer al caudillo de Oriente, que juzgó indispensable ir personalmente á lanzar sobre él el mayor número de tropas para anonadarlo y vencerlo.

Con relación á tales sucesos, dice el general Díaz:

«El 17 de Diciembre de 1864 se reunieron en La Carbonera la columna de Courtois d'Hurbal y la de Brincourt, y descendieron juntas á Etlá. Yo tenía en observación, en la hacienda de San Isidro, inmediata á Etlá, la brigada de caballería que mandaba el coronel D. Jerónimo Treviño, con su puesto avanzado en Tenexpa, cerca del enemigo, que cubría el escuadrón irregular que era á las órdenes del coronel D. Ladislao Cacho.

»El día 18 recibió el coronel D. Félix Díaz, que tenía el mando por ausencia de Treviño, aviso de que el puesto de vanguardia había sido forzado; y como la brigada se mantenía con la caballada ensillada, mandó Díaz que salieran los lanceros de Oaxaca. Apenas había salido ese regimiento á formar fuera de la casa de la hacienda, cuando llegaba á todo escape y sufriendo grandes pérdidas el escuadrón Cacho. En un momento chocaron las fuerzas francesas, que perseguían á Cacho, con los lanceros de Oaxaca, que se les aparecieron entre la polvareda que habían levantado aquéllas, siendo el choque tal, que tras vacilar un instante los cazadores de África, que venían batiendo el arma blanca á los prófugos, voltearon caras, y á su vez fueron perseguidos por más de tres leguas por los lanceros de Oaxaca y la legión del Norte, que salió tan pronto como pudo á tomar su lugar en la persecución.

»El coronel Díaz continuó ésta hasta encontrar el grueso del enemigo, que venía en marcha sobre el camino. Después de un ligero cañoneo sobre nuestra caballería, se retiró ella á la hacienda Blanca, sin que la enemiga se le atreviera.

»La caballería francesa sufrió fuertes pérdidas en aquel encuentro, y entre otros, sucumbió en él el conde de Loire. Allí se hizo muy notable por su valor personal el mayor de la legión del Norte, D. Basilio Garza, que fué quien mató al citado conde. El enemigo, que quedó dueño de la villa de Etlá, hizo en tal lugar, al día siguiente, grandes funerales á los oficiales muertos en el combate.

»Pasados cuatro ó cinco días, y cuando el enemigo más se acercaba, el general Courtois d'Hurbal personalmente verificó un reconocimiento á los alrededores de la ciudad de Oaxaca con una fuerte columna de zuavos, cazadores de África, húsares de la guardia, y una batería de artillería de la guardia, volviendo en seguida á su campamento.

»Después de algunos días, supe de una manera segura que el general Bazaine se dirigía para Etlá, por el camino de la Mixteca, con una escolta de 500 zuavos, media batería de cañones y 300 caballos. Me pareció que la brigada de caballería podía prestar un importante servicio, batiéndolo antes de que se incorporara al núcleo de tropas que estaban casi encima de Oaxaca, y di órdenes con ese objeto al coronel Treviño, quien se dirigió con su brigada al encuentro de Bazaine; pero la noche víspera del día que debía encontrarlo y batirlo, desapareció el citado coronel Treviño, con la legión del Norte y lanceros de San Luis, estando cerca de Tamazulapam, punto en que pernoctaba Bazaine, y se dirigió de pronto, con la fuerza que lo acompañaba, á la sierra de Tetela, del Estado de Puebla, para no volver más á presentármese en aquella época angustiosa.

»El coronel D. Félix Díaz, que se encontraba acampado á corta distancia de las tropas dichas, con su regimiento y con el escuadrón Cacho, no tuvo noticia del recatado movimiento de ellas sino hasta que amaneció, que eran precisamente los momentos en que ya el general Bazaine y su escolta se ponían en marcha; y nada serio pudo ejecutar, porque quedó reducido á su regimiento, que contaría 350 caballos, y al escuadrón Cacho, que tendría unos 60. No se explicaba Díaz, de pronto,

la ausencia del coronel Treviño con la mayor parte de la fuerza; y creyendo que podría estar en las inmediaciones dispuesto á combatir, tiroteó, mientras pudiera Treviño aparecer, la vanguardia del enemigo en marcha, durante algunas horas; hasta que, perdida toda esperanza, y visto que una caballería francesa que se mandó á encontrar á Bazaine, podía cortarle, á campo traviesa se dirigió á la montaña, eludiendo el quedar entre las tropas enemigas.

»Desde entonces, ya no conté con el auxilio de la caballería fuera de la plaza de Oaxaca, porque la que quedaba á las órdenes del coronel Díaz era muy poca para emprender operaciones de resultado práctico.

»Mis proyectos fueron á tierra ante aquella inexplicable desaparición de Treviño con su fuerza, pues desde que pensé defenderme en Oaxaca, fortificando la ciudad, radicaba mi sostenimiento allí en la seguridad de recibir auxilios de fuera, proporcionados por la brigada de caballería; la que, además de tener la misión de llevarme víveres, tenía la de levantar el espíritu de los guardias nacionales de los pueblos de la sierra, para que hostilizaran al enemigo por la espalda.»

No en vano el general Díaz, en sus combinaciones de defensa, contaba con los patriotas pueblos de la sierra, que siempre, cuando eran alentados por tropas organizadas, habían con entusiasmo concurrido á los combates; mas sin esa ayuda, sin un núcleo competente, no era dable que se prestaran á un inútil sacrificio. Por tal manera, la desaparición de las fuerzas de caballería á que se hace mérito, cuando iba á intentarse un golpe terrible, tal vez aprisionando, al lograrse éste, al general en jefe del ejército francés, fué un gran desastre que puso al general Díaz en una de las más desesperadas situaciones; pero no se daba él por vencido, y seguía adelante, desgarrado por las zarzas del camino.

